



Rapalo, María Ester

La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Rapalo, M. E. (2005). *La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX*. *Prismas*, 9(9), 141-153. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2279>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX

María Ester Rapalo

Universidad de Buenos Aires

Los Círculos de Obreros católicos han tenido una vinculación estrecha con los sectores patronales por su misma forma constitutiva, pero lo que me interesa analizar es la actuación que desplegaron durante los períodos de intensos conflictos laborales en estrecha alianza con sectores patronales, fueran éstos católicos o no.

Me he detenido en esta relación específica durante las dos primeras décadas del siglo para comprender algunos aspectos de la gran organización patronal que se creó en 1918, durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen, llamada Asociación del Trabajo (AT). Esta organización patronal, algunos de cuyos directivos provenían de la militancia católica, estuvo muy vinculada con los Círculos y con organizaciones, llamadas “sindicatos”, adscriptas a ellos. También en ese período encontré intervenciones de los Círculos relacionadas con otras empresas que no figuraron en calidad de miembros de la Asociación del Trabajo, como la inglesa Unión Telefónica (UT), que resultan muy interesantes para calibrar los comportamientos de ambos actores.

Los Círculos de Obreros Católicos, creados en Francia por el conde de Mun en la década de 1870, fueron una iniciativa del catolicismo social enmarcada en principios antiliberales y pro corporativistas. La iniciativa, como otras del catolicismo social, fue

retomada por la encíclica *Rerum Novarum* de 1891. Al igual que en otros países, los Círculos creados en la Argentina por el sacerdote alemán Federico Grote en 1892 tuvieron una composición mixta: patrones y obreros, denominados respectivamente “socios protectores” y “socios activos”. Los primeros operaban como tutores y benefactores, puesto que debían orientar las conductas de los obreros mediante el adoctrinamiento religioso y aportar al sostenimiento material de los Círculos. La concepción paternalista expresaba, entonces, una caridad interesada pero modernizada.¹ La estructura de autoridad se correspondía con esas jerarquías sociales, pero una cuestión que, como veremos, resulta confusa en la Argentina es quiénes ejercían el control, ya que la autoridad era compartida por laicos y eclesiásticos.² El director espiritual era un

¹ El padre Grote expresaba así los objetivos de los círculos: “Estas asociaciones se fundan en la República Argentina, con el fin de defender y promover el bienestar espiritual y material de la clase obrera, en marcada oposición a la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad, que mediante promesas engañosas de efímera felicidad, llevan al obrero a su ruina temporal eterna, y acarrear a toda la sociedad males incurables”.

² Sobre la estructura verticalista y jerárquica de los Círculos no caben dudas. Por ejemplo, cuando en 1917 la Junta Central ordena a los presidentes de los Círculos que envíaran los nombres de los asociados en vista a la creación de gremios, finalizan diciendo que “todos los

eclesiástico, pero el presidente de la Junta de Gobierno, compuesta por seis dirigentes, era un laico.³ En la Argentina, estas asociaciones, cuyo fundador eludió designarlas con el calificativo de “católico”, pensaron el establecimiento de socorros mutuos como un medio para “atraer” a los trabajadores y, según afirmaba *La Voz de la Iglesia*, “inducirlos” por ese medio a cumplir con sus principales deberes.⁴ Paralelamente a su acción propagandística y organizativa encaminada a contrarrestar la influencia socialista, los Círculos propiciaron dos líneas de intervención estatal con el objetivo de garantizar la estabilidad del orden social: por un lado una política preventiva mediante una limitada legislación protectora del trabajo y, por otro lado, una política represiva propia de una concepción policíaca de la cuestión social.⁵

gremios quedarán sometidos a las decisiones y resoluciones de la Junta Central”.

³ Para la comparación con el caso español, donde la preeminencia patronal y laica era notoria, véase Guy Hermet, *Los católicos en la España Franquista*, t. 1: *Los actores del juego político*, Madrid, Centro de Estudios Sociológicos/Siglo XXI de España, 1985. Para la caracterización de los Círculos en general, véase Juan María Laboa, *El integrismo*, Madrid, Narcea, 1985, y Giorgio Candeloro, *Il movimento cattolico in Italia*, Roma, Editori Riuniti, 1961

⁴ El periódico *La voz de la Iglesia*, el 15 de marzo de 1893, sugería la estrategia a seguir:

Es necesario valerse de las mismas armas de los enemigos, es necesario atraer al obrero con los mismos medios que emplean los malos para separarlo de Dios. [...] De ahí la necesidad de establecer esa especie de asociación de socorros mutuos para auxiliar a la clase menesterosa en sus necesidades y por ese medio inducirlos al cumplimiento de sus principales deberes.

El padre Grote describe esta misma estrategia en una carta a su superior del 5 de mayo de 1894: “Nosotros obedecemos al ‘sistema masónico’, lo que hasta este momento nos obtuvo los mejores resultados. Atraemos al obrero mediante muchas ventajas materiales y cuando lo tenemos, entonces lo trabajamos bajo todos los aspectos, para encaminarlos hacia una vida cristiana”. Reitera la exposición de la misma estrategia en la carta del 17 de enero de 1910.

⁵ Héctor Recalde, *La iglesia y la cuestión social (1874-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1985. En apoyo de los proyectos de legislación social, las Actas de la Junta Cen-

A fines del siglo XIX surgió en Europa una polémica dentro del catolicismo social entre los partidarios de los Círculos y los partidarios de organizaciones obreras independientes de los sectores patronales, es decir, sindicatos. Ambas tácticas estaban contempladas en la *Rerum Novarum* y al primer tipo de organización se inclinaron los sectores más conservadores. En la Argentina se dio un fenómeno cuyo grado de originalidad no se conoce, pero que mezcló ambas tácticas dado que la lucha contra el socialismo y el anarquismo se manifestó fundamentalmente en la ofensiva contra las organizaciones sindicales obreras. En efecto, los “sindicatos católicos” más importantes surgieron a partir del personal solicitado por las empresas a los Círculos para sustituir a trabajadores en huelga o a potenciales huelguistas. Desde la Iglesia se los denominó indistintamente “sociedades”, “gremios” o “sindicatos”, mientras que desde las sociedades obreras de resistencia se los caracterizó como “amarillos”, al igual que lo hicieron miembros de los mismos Círculos, como Alejandro Bunge.

Pese a lo que sostiene la historiografía más difundida, que tiende a señalar diferencias notorias entre las experiencias del primer período, bajo el liderazgo del padre Grote, y las del segundo período, bajo la dirección espiritual de monseñor De Andrea a partir de 1912, yo encuentro que hay una línea de continuidad, y ello se hace visible cuando se indagan fuentes eclesiásticas como las actas de reuniones de la Junta Central de los Círculos. Ahora bien, durante los conflictos laborales se produjeron encuentros entre Círculos y patronos que detallaré más adelante. Mi hipótesis al respecto es que dado que ambos tenían

tral de los Círculos de Obreros registran en 1904 una entrevista con Joaquín V. González y la organización de una marcha que finalmente fue suspendida. Bajo la dirección posterior de monseñor De Andrea se manifestó el mismo interés por la legislación social.

un común enemigo en los anarquistas, los socialistas y las sociedades de resistencia (o sindicatos), y que se proponían preservar el orden social y el principio de autoridad, sus intereses confluyeron. Pero en la medida en que tanto patrones como Círculos tuvieron otros intereses que no resultaron convergentes, el encuentro original solió derivar en situaciones conflictivas.

Durante el período que estamos abordando, las sociedades obreras no tenían reconocimiento legal y tampoco había leyes que reglamentaran con respecto el despido de los trabajadores. El reconocimiento de los sindicatos, de las reivindicaciones obreras y de la estabilidad en el empleo estaba sujeto a la voluntad patronal. Ante la resistencia de los patrones a reconocer el derecho de asociación cuando lo ejercían los trabajadores y a otorgar las mejoras reclamadas, la herramienta clásica con la que contaban los obreros era la huelga, un recurso utilizado tanto para obligarlos a reconocer sus sociedades y a negociar, como a sostener los acuerdos pactados.

El lema fundamental que articuló la actuación común de organizaciones patronales y de los Círculos ante las organizaciones obreras y las huelgas fue la defensa de la “libertad de trabajo”. Para ambos, el principio se traducía de dos formas interrelacionadas: por un lado, como “libertad para contratar y despedir”; por otro, como “derecho” a que el Estado garantizara, mediante el uso de la fuerza pública, la protección de los trabajadores contratados para reemplazar a los huelguistas. Invocando este principio, los Círculos comenzaron a colaborar con los patrones a comienzos del siglo, cuando se agudizaron los conflictos laborales en las actividades neurálgicas del modelo agroexportador, las marítimas, portuarias y ferroviarias, tanto en Buenos Aires como en los principales puertos del interior.

En efecto, en 1901, en el marco de una huelga de estibadores en el puerto de Rosa-

rio, el diario católico *El Pueblo*, también fundado por el padre Grote como órgano de los Círculos, informó que los patrones de embarcaderos, los ferrocarriles, exportadores y agentes marítimos habían declarado en un manifiesto que “no reconocen a la sociedad de resistencia, negándose a tratar con los obreros en huelga, y reservándose la libertad de aceptar o despedir a los obreros según su agrado, y determinar por sí condiciones de trabajo [...]”. La misma fuente católica sostenía a continuación que “a pedido de los patrones reunidos, el Círculo de Obreros envió esta mañana 350 obreros, aumentándose durante el día hasta 500. Un escuadrón de seguridad protegía a estos trabajadores”.⁶

En noviembre de 1902, los cargadores y estibadores del puerto de Buenos Aires iniciaron una huelga contra las duras condiciones de explotación, que incluían largas jornadas de trabajo y la carga de bolsas que llegaban a pesar hasta 120 kilos. En consecuencia, demandaban un aumento del jornal a cuatro pesos, una jornada de trabajo de ocho horas y la reducción de los kilos de carga de 120 o 100 a 70. Según afirmó el padre Alfredo Sánchez Gamarra en la biografía de Grote, nuevamente se solicitaron a la Junta Central los servicios de los Círculos con el fin de “hacer abortar” la huelga. Pero en esta oportunidad, la Junta accedió a la solicitud y exigió “cuatro pesos de jornal y jornadas de diez horas mientras durara la huelga; y tres pesos de salario y preferencia en la admisión al trabajo para los obreros de los Círculos después de solucionado el conflicto”.⁷ La novedad de es-

⁶ Diario *El Pueblo*, 10 de diciembre de 1901. Cf. H. Recalde, *op. cit.*, pp. 81-82 y “Los centros católicos y las sociedades de resistencia” en: *La organización obrera*, noviembre de 1901. Cf. Isaac Oved, *op. cit.*, p. 181.

⁷ Sánchez Gamarra y R. P. Alfredo Sánchez Gamarra C.S.S.R., *Vida del Padre Grote. El apóstol de los trabajadores*, Buenos Aires, Edición de la Federación de Círculos Católicos de Obreros, 1997, pp. 261-262. Véase también H. Recalde, *op. cit.*, p. 82.

ta segunda intervención –la exigencia de aumentos de salarios y, fundamentalmente, de la posibilidad de que ese personal permaneciera contratado– anticipaba ya las razones que llevarían al conflicto.

A mediados de 1903, pese a que los patrones dieron escaso cumplimiento a esas exigencias, se sellaron relaciones más orgánicas entre los Círculos y los patrones. En este caso se trató de los empleadores reunidos en el Centro de Navegación, cuyos fundadores, Nicolás Mihanovich y Pedro Christophersen, se destacarían además como iniciadores de las sucesivas organizaciones patronales que se verán más adelante. El interlocutor fue el secretario del Centro, el doctor Ernesto Frías. Según consta en el Acta de Reuniones de la Junta Central de los Círculos del 18 de junio de 1903, “El Reverendo Padre Grote da cuenta que en carácter privado le ha sido propuesto por la Asociación Centro de Navegación el sustituir paulatinamente los obreros actuales que trabajan en el puerto por otros que pertenezcan a los Círculos”.

A partir de ese momento, comenzó a perfilarse la organización del “gremio”, que a fines de 1903 se llamaría Sociedad Argentina de Obreros del Puerto y sería encomendado a la Liga Democrática Cristiana, también creada por el padre Grote.⁸ En esa oportunidad, las exigencias de Grote fueron aun mayores: los patrones debían solventar los servicios médicos que ofrecerían los Círculos cercanos al puerto. Esta exigencia era complementaria de las tareas propagandísticas que realizarían estos Círculos para atraer a los trabajadores.⁹ En esa campaña de reclutamiento, el “gremio” y el Círculo contaron con la inestimable colaboración de la Agencia de Trabajo, el resultado de otra iniciativa simultánea de Grote,

en cuyo sostenimiento colaboraban el Centro de Navegación y otros “señores socios protectores”.¹⁰ A su vez, la creación del sindicato portuario y de la Agencia de Trabajo obligó a modificar el reglamento original de los Círculos de manera tal que la posibilidad de emplearse por medio de los Círculos excediera a la de sus socios y familiares, y se ampliara a todos aquellos que solicitaran ingresar.¹¹

Como estaba previsto, la Sociedad Argentina apeló a la colaboración del Círculo de Obreros de San Telmo, del que era directivo el demócrata cristiano Liborio Vaudagnotto, y desde allí se inició una intensa campaña en favor del reclutamiento, que incluía conferencias y festivales. El 16 de septiembre de 1903 comenzó la huelga; se inició, precisamente, porque los enviados de los Círculos debilitaban la posibilidad de que la sociedad de resistencia portuaria ejerciera un importante control sobre la contratación y los despidos de los estibadores. Una vez comenzada la huelga, apoyándose en la capacidad de reclutamiento de la Sociedad Argentina y en la ayuda del gobierno para traer 1.200 obreros de Corrientes, los navieros y los contratistas comenzaron a sustituir a los huelguistas. A comienzos de febrero de 1904, cuando ya se divisaba que la huelga sería derrotada, el padre Grote aprovechó para incorporar una nueva exigencia: que “los contratistas estibadores quedasen obligados a ocupar en el 60% de las tareas del puerto a obreros afiliados a

⁸ En un primer momento se denominó “Patronato de obreros del puerto”. Actas de la Junta de Gobierno.

⁹ Acta de Reuniones de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros, 21 de junio de 1903.

¹⁰ La Junta Central decide expandir los servicios ofrecidos por la agencia a “compañías de tranvías, Ferrocarriles, establecimientos industriales, etc.”, así como “a todas las personas distinguidas y de posición social” y dar a conocer su función mediante campañas, que implicaron el envío de más de 20.000 circulares. A partir de este momento la agencia, luego llamada Bolsa de Trabajo, se constituye en una institución estable de los Círculos. Acta de la Junta Central, 10 de noviembre de 1903.

¹¹ La condición para estos últimos era que abonaran 50 centavos cada vez que fueran empleados y demostraran haber sostenido buenas conductas en trabajos anteriores.

la Sociedad Argentina”.¹² Esta pretensión del sacerdote ponía coto a la “libertad de contratación y de despidos” invocada por los capitalistas, quienes, por esa razón, accedieron con reservas al pedido de Grote y firmaron un acuerdo que estipulaba:

Que sin menoscabo de esa libertad de trabajo, el Centro interpondrá toda su influencia para que los contratistas sigan empleando en los trabajos de estiba a los obreros que nos han acompañado en los momentos difíciles, lo que es un acto de justicia, sin perjuicio de la libertad de los contratistas de despedir al obrero que no cumpla con su deber o no sea apto para el trabajo o cuando no lo necesite, pero no como imposición de ningún centro de resistencia.¹³

Según puede observarse a partir de esta cita, el Centro de Navegación seguía reafirmando la autoridad patronal sobre la contratación y los despidos. Además, la respuesta pone en evidencia el interés propio de las patronales por el valor de la experiencia y la capacitación de los trabajadores, interés que podría llevarlos a desprenderse de los obreros suministrados por los Círculos. Ya se distinguen claramente los intereses contradictorios entre Círculos y patrones. Los unía el propósito de terminar con las organizaciones obreras de resistencia, pero mientras los patrones parecían circunscribirse a ese único objetivo, desde el espacio eclesiástico se percibían otros dos: la ampliación de la base de sustentación de la Iglesia mediante su inserción en las filas obreras y la inclusión de prácticas asistenciales preventivas y mejoras salariales. Así,

¹² Sánchez Gamarra, *op. cit.*, p. 275; Isaac Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina, México, Siglo XXI*, p. 329.

¹³ Andrés Pont Llodrá, “Los estibadores del puerto y la Liga Democrática Cristiana”. Cf. Néstor Auza, *op. cit.*, t. II, p. 248.

de acuerdo con las palabras del mismo Grote, combatiendo “la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad”, se podía defender el mantenimiento del orden social y, simultáneamente, detener el progresivo avance del descreimiento, hecho que ponía un límite a la reproducción y expansión de la Iglesia Católica.¹⁴

Ahora bien, a lo largo de 1904 la Sociedad Argentina sufrió, al menos, dos reveses. Por un lado fue perdiendo adeptos, ya que parte de sus miembros se incorporaron a la sociedad de resistencia.¹⁵ Por el otro, el Centro de Navegación no logró sostener el compromiso de contratación estipulado, y prefirió recurrir a la idoneidad y la experiencia de los miembros de la sociedad de resistencia, frente a la inexperiencia de los reclutados por la organización católica.¹⁶ Este proceder es un indicio de que el encuentro de intereses entre sectores eclesiásticos y patronales comenzaba a resultar problemático para estos últimos. De hecho, dentro de las filas patronales ya comenzaban a perfilarse los lineamientos generales de un proceso de construcción de insti-

¹⁴ De manera más directa, monseñor Duprat, refiriéndose al rol de los Círculos, sostenía en 1908: “Señores: el país no será católico, si dejan de ser católicas las masas populares. Le toca al elemento católico laico ejercer ese apostolado [...]”, citado por H. Recalde, *op. cit.*, p. 59.

¹⁵ Isaac Oved, *op. cit.*, p. 330.

¹⁶ Néstor Auza sostiene que es inexplicable el incumplimiento del compromiso, y más aun que empresarios de reconocida trayectoria católica prefirieran pactar con las sociedades de resistencia. Véase Néstor Auza, t. 1: *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Buenos Aires, Editorial Docencia/Ediciones Don Bosco/Editorial Guadalupe, 1987, p. 259.

Como muchas veces lo hicieron saber los empresarios, los anarquistas resaltaron en varias ocasiones la falta de idoneidad de los miembros de la Sociedad Argentina. Así caracterizaban a esta Sociedad en una nota de *La Protesta* del 5 de noviembre de 1904: “organizados por los patrones, bendecidos por los curas, os atrevéis, pérfidos y canallas, a agregar al nombre de vuestro centro ‘obreros del puerto’ cuando una buena parte de vuestros socios nunca han trabajado en el oficio y apenas puede distinguirse un buque de una locomotora”.

tuciones propias que, iniciado a fines de 1904, se profundizaría al año siguiente. En efecto, en ese lapso –y luego de la derrota infligida a los trabajadores portuarios–, en un contexto de alza de la movilización obrera que excedía significativamente los límites de las actividades portuarias, aparecieron los primeros intentos de las patronales para unirse con el fin de “restituir” una autoridad que consideraban amenazada. Asimismo, debe destacarse que en esos emprendimientos patronales subyacía la intención de avanzar en la organización propiamente patronal tomando elementos de la matriz católica social.

El primero de esos intentos patronales fue la Unión General, una iniciativa del Centro de Navegación, gestionada por su secretario, el mismo doctor Frías que había intervenido en la creación del gremio portuario católico. El Centro de Navegación convocó a representantes de exportadores, barraqueros, agentes marítimos, ferrocarriles, tranvías, frigoríficos y dueños de fábricas y talleres. En la caracterización de la coyuntura, el Centro destacó tres coordenadas. Por un lado, se sostenía que el auxilio de la autoridad estatal “viene casi siempre tarde y nada o poco remedia”. Por otro lado, se conjeturaba que vendrían nuevas huelgas en las que “los patrones llevarían la parte más desfavorable”. Por último, se concluía que las dos primeras coordenadas podrían llevar al “derrumbe de la autoridad patronal”. Las estrategias defensivas diseñadas contemplaban fines represivos y persuasivos. Se manifestaba una preocupación por lo “social” con el fin de disminuir el descontento: sostenían que proyectaban la fundación de barrios obreros y la construcción de escuelas, y también contemplaban la formación de asociaciones obreras “para aquellos que deseen trabajar en armonía con los patrones”.¹⁷ En

paralelo a ello, diseñaron una Bolsa de Trabajo con la función de suministrar trabajadores de confianza, incluso trayéndolos “de otros países cuando las necesidades lo requieran”, en obvia alusión a situaciones de huelga.¹⁸ La Bolsa contemplaba además el otorgamiento de “socorro” a esos trabajadores. El proyecto se completaba con una propuesta que estaba implícita en el fundamento de la Unión General: la creación de una “policía propia” para la “vigilancia de los elementos que consideren perniciosos”.

Estas iniciativas patronales de principios de 1905, en las que se encuentra la matriz que reproducirá la Asociación del Trabajo 13 años más tarde, no parecen haber pasado de tentativas, ya que rápidamente se pierde su rastro. Sin embargo, manteniendo los principales objetivos, el Centro de Navegación creó una organización que respondía a la esencial intransigencia de los patrones vinculados con el transporte y con las exportaciones: la Sociedad Protectora del Trabajo Libre (SPTL), una sociedad llamada a perdurar y a ganar celebridad como fuente de conflictos y hechos de violencia.

Los organizadores habían convocado al padre Grote para que los asesorara en esta nueva creación, en un intento de aprovechar su experiencia previa, pero el sacerdote rechazó colaborar al percibir en esta operación una fuerte competencia para la Sociedad Argentina. En cambio, volvió a insistir ante los empleadores en su solución: que para terminar con las huelgas cumplieran con el compromiso de contratar a los trabajadores de la Sociedad Argentina dándoles al menos el 60% del trabajo disponible en la carga y descarga.¹⁹ Los patrones desestimaron dicha recomendación y consolidaron a La Protectora.

¹⁷ “Trabajadores y capitalistas”, *La Protesta*, 7 de enero de 1905.

¹⁸ “Trabajadores y capitalistas”, *La Protesta*, 8 de enero de 1905.

¹⁹ Sánchez Gamarra, *op. cit.*, pp. 274-275.

La competencia que ella implicaba en el ejercicio de tareas y objetivos similares daría lugar a que la Sociedad Argentina se incorporara al movimiento huelguístico que se inició en octubre de 1905 y firmara, junto a la Sociedad de Resistencia portuaria, un pliego de condiciones que exigía que los patrones renunciaran a la Sociedad Protectora. En efecto, el artículo 5° estipulaba lo siguiente: “Todo trabajo que pertenezca a la jurisdicción de la ribera será manipulado por el personal del gremio asociado en las sociedades obreras de estibadores, no considerando como tal a la Unión Protectora del Trabajo Libre, que es una empresa capitalista”.²⁰

Pero esta coyuntural “unidad de acción” resultó inútil. Si bien Grote manifestó públicamente que la incorporación a la huelga no implicaba solidaridad con socialistas y anarquistas, y simultáneamente intentó negociar de manera independiente con la patronal, la Sociedad Argentina resultó víctima de la libertad de trabajo. La voluntad patronal la desplazó de sus preferencias por una organización con mayores alcances, que también ofrecía socorros médicos y sujeta directamente a ella, es decir, sin ninguna mediación que limitara la libertad y autoridad de los empleadores. Así lo reconoció la Sociedad Argentina cuando intentó reactivarse durante una nueva huelga portuaria en 1911: atribuyeron la debilidad de los años anteriores “a la confabulación de las sectas anarquistas y a las calumniosas inventivas de la sociedad llamada Trabajo Libre”.²¹

El ciclo económico recesivo que había comenzado en 1913 aumentó considerablemente tanto la desocupación como el costo de vida. En 1918, este último había aumen-

tado el 65% respecto a 1914, generando una notable disminución de los salarios reales.²² En 1917, cuando comenzó la reactivación de las exportaciones y aumentó la demanda de mano de obra, el malestar obrero se tradujo en la consolidación de los grandes sindicatos vinculados a la exportación y en el comienzo de importantes huelgas que afectarían las tareas del puerto, los ferrocarriles y los frigoríficos. Estas primeras huelgas fueron el inicio del relevante ciclo conflictivo que se extendería hasta 1922. En cuanto al ámbito político, la llegada al poder del presidente Yrigoyen en 1916 inauguró una etapa de cierta neutralidad con respecto a los conflictos laborales; el Ejecutivo asumió funciones de arbitraje y limitó el apoyo colateral que la fuerza pública había brindado en los años anteriores a los propietarios.

Como consecuencia de esta nueva correlación de fuerzas sociales, a mediados de 1918 importantes sectores patronales crearon la Asociación del Trabajo que, con un discurso similar al proyecto anterior de la Unión General, era una expansión de la SPTL. El objetivo principal era aplicar los métodos de ésta, corregidos y ampliados, a un campo más vasto que el trabajo de los puertos. Los principales servicios que esta organización ofrecía a todo tipo de empleadores eran especialmente el suministro de rompehuelgas y guardias armados, que se completaban con otros servicios “de policía”. Los argumentos principales que justificaban esta nueva asociación patronal eran el crecimiento de la movilización obrera y la escasa colaboración que prestaba el gobierno a sus demandas de represión.

También en ese momento se produjo la reactivación de los Círculos y sus extensiones: la Bolsa de Trabajo y los “gremios” o “sindicatos”, ahora reunidos en la Federación

²⁰ “Las huelgas”, *El Pueblo*, 5 de octubre de 1905.

²¹ Néstor Auza, t. 2: *Aciertos y Fracasos Sociales del Catolicismo Argentino. Mons. De Andrea, realizaciones y conflictos*, Buenos Aires, Editorial Docencia/Ediciones Don Bosco/Editorial Guadalupe, 1987, p. 128.

²² David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, p. 120.

—luego llamada Confederación— Profesional Argentina (FPA o CPA). El director espiritual de los Círculos era monseñor De Andrea, mientras que la presidencia de la Junta de Gobierno la ejercía el señor Lorenzo Anadón, típico representante del sector patronal incorporado a los Círculos. No es posible detenerse en el análisis del poder y del perfil de Anadón, pero basta decir que por esos años fue vicepresidente de la poderosa empresa La Forestal, miembro de la Asociación del Trabajo y, en 1919, miembro de la organización parapolicial Liga Patriótica y presidente de la nueva institución eclesiástica destinada a centralizar las actividades católicas, la Unión Popular Católica Argentina (UPCA). Presencias como éstas entre las máximas autoridades de los Círculos son un indicador de que las decisiones de los mismos no pueden atribuirse sólo a su “director espiritual”.

En 1917, la FPA dejó sentada públicamente su opinión sobre los conflictos sociales. Declaró que “las huelgas existentes no son ni justas, ni legítimas, ni necesarias” y, tal vez temiendo que sus bases fueran “contagiadas”, concluía: “en nombre de la libertad de trabajo decimos a nuestros obreros que no se dejen intimidar”. Durante la huelga de los frigoríficos de fines de ese año, los Círculos reclutaron 500 trabajadores para los frigoríficos La Blanca y La Negra. Simultáneamente se realizó una activa propaganda a favor de la Bolsa de Trabajo y se avanzó en la organización del “gremio” de estibadores, “previendo que habrá una gran demanda de pedidos”.²³ En noviembre de 1917 las actas de la FPA informaron que representantes de ese gremio junto a monseñor De Andrea y al señor Anadón proyectaban presentarse ante las compañías navieras y las casas cerealistas “a fin de que el gremio de estibadores obtenga trabajo,

preferentemente como capataces”.²⁴ (Un año y medio después este gremio fue disuelto por la Confederación debido a las acusaciones de “amarillismo” que recayeron sobre él.)²⁵

No obstante, durante este ciclo conflictivo se producen una serie de situaciones complejas y contradictorias que reproducirán la modalidad y el tipo de relaciones que ya se han observado en torno de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto creada por Grote. Me interesa analizar dos casos que a mi juicio son ilustrativos de este período y de las razones que llevaron al abandono del proyecto “sindical” católico.

El primero corresponde al de la Sociedad de Molineros de la capital, fundada en septiembre de 1918 y considerada uno de los principales logros de la Confederación católica. Esa sociedad reunía a trabajadores incorporados durante una huelga en los cinco molinos que Bunge y Born, socio fundador de la Asociación del Trabajo, había instalado en el puerto de Buenos Aires. Monseñor De Andrea explícitamente se atribuyó su creación y, desde el ámbito patronal, Dell’Oro Maini, secretario general de la Asociación del Trabajo, sostuvo en un informe reservado elevado a sus superiores que fue él quien “surgió” su fundación.²⁶

Es necesario aclarar la situación laboral previa en esos molinos para que se comprenda en qué momento intervienen los Círculos. La Sociedad de Resistencia de esos molinos, creada en 1917 y con alrededor del 90% de

²³ Acta de Reuniones de la FPA, N° 8, 3 de noviembre de 1917.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Acta de Reuniones de la CPA, 13 de marzo de 1919. La Asociación del Trabajo solicitó personal para la empresa Mihanovich durante la huelga de principios de 1919 tanto a la Sociedad Protectora como a la organización católica. Cf. *La Unión del Marino*, 8 de marzo de 1919.

²⁶ “La Asociación del Trabajo. Maniobras capitalistas para romper la solidaridad obrera”, *La Unión del Marino*, 8 de marzo de 1919. Este periódico reprodujo informes de la secretaría de la Asociación del Trabajo a los miembros de su consejo directivo. El informe a que hacemos referencia es del 20 de enero de 1919.

los obreros afiliados, había obtenido hasta 1918, luego de una huelga, el reconocimiento de su organización, una jornada de ocho horas en lugar del promedio anterior de once, el pago de las horas extras con el 50% de recargo, aumentos de salarios, indemnización por accidentes de trabajo, supresión del trabajo infantil, importante control sobre la contratación y los despidos, el 1° de Mayo no laborable y la tolerancia de la empresa con el cuerpo de delegados encargado de supervisar que se cumplieran los acuerdos pactados. Esto implicaba un importante recorte de la autoridad de los empleadores, quienes provocaron una huelga en mayo de 1918 con el fin de debilitar al sindicato. Esta huelga duró tres meses y medio y finalizó con el triunfo obrero, obtenido fundamentalmente gracias a la solidaridad de los trabajadores portuarios y marítimos, quienes frenaron mediante el boicot las exportaciones de la empresa. El compromiso firmado en agosto estipuló que deberían ser reincorporados todos los trabajadores huelguistas y que en caso de incumplimiento se retomaría el boicot.

A lo largo de la huelga un importante número de trabajadores había encontrado ocupación en otros lugares y no retornaron a sus puestos. Por este motivo la Sociedad de Resistencia aceptó a los nuevos trabajadores previa realización de un relevamiento según el cual se los clasificó en dos categorías, “buenos” y “malos”, es decir, potencialmente solidarios o no con el conjunto de los trabajadores. Los primeros fueron invitados a incorporarse a la sociedad de resistencia, y con respecto a aquellos considerados “malos” –los que provocaban incidentes, amenazaban con armas de fuego, etc.– se solicitó a la empresa su separación.²⁷

Ahora bien, durante la huelga los Círculos de Obreros habían suministrado personal a la empresa; con ese mismo personal se creó en septiembre el sindicato molinero católico luego de que fueran retomadas las actividades. El gran estímulo que ofrecían los Círculos a sus potenciales socios era la garantía de que se les conservaría el trabajo en los molinos debido a la “influencia” que ejercían sobre la patronal. Ello atentaba contra el acuerdo suscrito entre Bunge y Born, la sociedad de resistencia molinera y los marítimos, que estipulaba la reincorporación de la totalidad de los huelguistas. Esto último, tanto como el posterior comportamiento del grupo empresario, hace pensar que Bunge y Born fue rebasado en su autoridad por el secretario de la Asociación del Trabajo. El sindicato llegó a contabilizar 250 socios y subsistió sólo ocho meses, pues una parte de sus miembros fue despedida paulatinamente por Bunge y Born y la otra parte se incorporó a la sociedad de resistencia.

Mientras Bunge y Born iba desprendiéndose de estos trabajadores, la CPA, alarmada por lo que esta pérdida significaba para su prestigio y su propia existencia, realizó dos circuitos de presiones para conseguir la readmisión de sus trabajadores. Ambos circuitos correspondían a las dos funciones que pretendía ejercer la sociedad católica. Por un lado, como suministradora de personal durante la huelga y “sociedad” alentada por la Asociación del Trabajo, apelaba a ésta para que presionara al grupo Bunge y Born, el que a su vez respondió que mientras existiera la posibilidad del boicot no podía hacer nada.²⁸ Por otro lado, en tanto sindicato apeló al Ministerio del Interior. El ministro les respondió que

tra en el Archivo Gremios/Sindicatos de la CPA-Círculos de Obreros.

²⁸ “Pedido de garantías para la libertad de trabajo. El caso de los molineros y elevadores de granos”, *La Nación*, 18 de junio de 1919.

²⁷ La reconstrucción de este episodio se basa en las Actas de Reuniones y Asambleas de la Sociedad de Resistencia Molinera y en la documentación, que se encuen-

no había ley que amparase a los trabajadores despedidos.

Cabe la pregunta sobre las posibilidades de expansión que tenía este sindicato independientemente de la voluntad de Bunge y Born. Sus proclamas de propaganda estaban destinadas a desmerecer al sindicato de resistencia y resultaban poco creíbles. Sostenían, por ejemplo, que el sindicato de resistencia no había conseguido ninguna mejora material y moral para el conjunto de los trabajadores. También afirmaban que era un sindicato anarquista, cuando todos sabían que estaba alineado con la Federación Obrera Marítima, el principal sostén de la FORA sindicalista. Desestimaban, además, el carácter explotador y las tendencias monopólicas de Bunge y Born, a pesar de que el proceso de centralización que había efectuado la empresa en los últimos años era ampliamente conocido por los trabajadores y de que por esa misma razón estaba siendo investigada por la Comisión Antitrust de la Cámara de Diputados. En suma, sostenían una retórica de enfrentamiento que no sólo era falsa sino que, dado lo conseguido por la Sociedad de Resistencia, no ofrecía alternativas. Y más aun, esta retórica resultaba contradictoria con otros discursos del diario de los Círculos: desde 1913 en sus clásicas intervenciones antisemitas, *El Pueblo* responsabilizaba al “trust de los molineros [...] hecho por una casa de propiedad judía [...] de que se pague en Argentina el pan tan caro”.²⁹ ¿Por qué Bunge y Born se desprendió de miembros de los Círculos? En primer lugar, como he señalado, la correlación de fuerzas estaba a favor de la sociedad de resistencia mientras se mantuviera en pie el sindicato marítimo. En segundo lugar, el per-

sonal expulsado no reunía las condiciones de eficiencia y moralidad que garantizaban los antiguos trabajadores. Se encuentran datos sobre roturas de las modernas máquinas que obligaron a cerrar uno de los molinos, de robo de bolsas de harina y provocación casi a diario de conflictos con el antiguo personal, en el que se destaca Francisco Vázquez, miembro de la comisión directiva del gremio católico y de la CPA. Es decir que la consideración y el trato que recibieron estos trabajadores estuvieron sujetos a los intereses inmediatos de la empresa, tales como la continuidad de la producción, la moralidad y capacitación de la mano de obra.

Tiempo después, en 1920, una situación similar se reprodujo en el molino que Bunge y Born tenía instalado en Nogoyá (Entre Ríos). Pero en este caso el cura del pueblo salió a movilizar a la población contra la empresa; cambió radicalmente el tradicional discurso de los Círculos y adoptó el de resistencia al capitalismo: acusó a estos empresarios de explotadores y monopólicos, y organizó una manifestación en las calles que obligó a que directivos de la CPA se trasladaran a Nogoyá para frenar su ofensiva.

La otra experiencia que me parece aun más significativa en cuanto a las contradicciones que encierran tanto las intervenciones de los Círculos como los Círculos mismos, es el conflicto en la empresa Unión Telefónica (UT). En este caso los Círculos se comprometieron con la patronal inglesa durante una huelga que gozaba de la simpatía del público y que la gran prensa no se atrevía a atacar abiertamente. El grueso de los trabajadores del servicio telefónico estaba compuesto por mujeres (unas 5.000) sujetas a duras condiciones laborales y con bajísimos salarios que oscilaban entre 60 y 70 pesos mensuales. La empresa aplicaba, además, sanciones disciplinarias que ya eran poco habituales en las grandes empresas, tales como las multas y suspensiones por daños en los equipos o por

²⁹ *El Pueblo*, 28 de enero de 1913, p. 2; *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Año XIII, vol. XIII, 1913, p. 300. Citado por Daniel Lvovech, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, p. 98.

errores en la atención de los abonados, estipuladas en un mínimo de un peso. En otros aspectos, las mujeres sufrían imposiciones que afectaban seriamente su vida privada: el casamiento motivaba la pérdida del trabajo por lo que, para conservarlo, estaban condicionadas a no tener pareja o a vivir en concubinato, y a abortar en caso de embarazo.³⁰

Los trabajadores telefónicos organizaron la Federación Argentina de Telefonistas en febrero de 1919. La secuencia que siguió es bastante clásica: presentaron tres petitorios, la empresa no los respondió y despidió a 100 trabajadores –60 de ellos mujeres– que se habían destacado por su militancia sindical. Se decretó la huelga y la compañía apeló a monseñor De Andrea para crear un sindicato paralelo con el objetivo de dividir a los huelguistas. La estrategia era atraer a los más moderados y de esa manera hacer fracasar la huelga. Pienso que la UT optó por esta maniobra porque le era imposible conseguir personal sustituto: concentraba el 80% del servicio, el resto de los telefónicos también estaba en huelga y la formación de nuevas telefonistas exigía al menos un mes de preparación. monseñor De Andrea delegó la responsabilidad de llevar adelante la operación en el salesiano Carlos Conci, presidente de la CPA y hombre de su confianza, y en el gerente de la misma, el empleado Pedro Caro. Es precisamente el relato de este último, realizado para justificar su comportamiento posterior, el que aporta la principal información sobre esta intrincada operación. Otras fuentes, como los periódicos de la época, permiten confirmar y ampliar su testimonio.³¹

³⁰ Dora Barrancos, “La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico en la Argentina)”, CEIL-CONICET, VI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, La Pampa, 1997.

³¹ La carta de descargo de Pedro Caro fechada el 26 de marzo de 1919 se encuentra en el Archivo Gremios/

Como señalé, el proyecto diseñado contemplaba la creación de un sindicato con personal “adicto” a la empresa que, presentándose en calidad de trabajadores moderados e independientes, “simularía estar en desacuerdo tanto con el sindicato de resistencia como con la UT”. En la organización –llamados a asambleas y alquiler de locales para efectuarlas (los mismos que utilizaban las organizaciones obreras), alquiler de local sindical, redacción y reparto de manifiestos, organización de cenas previas a las asambleas, envío de telegramas invitando a las telefonistas– intervenirían de manera encubierta la empresa y la organización católica, pero la primera correría con todos los gastos. Unos días después de creada, la sociedad patronal simularía que solicitaba la intervención de la Confederación católica para que oficiara de árbitro. Como producto de ese arbitraje, la empresa otorgaría concesiones que conducirían a que la nueva sociedad proclamara el levantamiento del paro para así desorientar a los huelguistas y debilitar profundamente el movimiento de fuerza. A la CPA, un arbitraje satisfactorio podría depararle un nuevo papel y una fuente de prestigio.

La organización del “sindicato” se realizó de acuerdo con lo planificado y en apariencia lograron la adhesión de unos 400 trabajadores además de los 150 fieles a la empresa que nunca habían parado. Ahora bien, cuando comenzó el arbitraje se manifestó el conflicto de intereses entre patrones e Iglesia. La empresa sólo estaba dispuesta a ofrecer “pequeñas concesiones” –siempre según el testimonio de Caro– y a obtener pese a ello el levantamiento del paro a partir de la “asamblea de empleados adicta a ella”. Por su par-

Sindicatos de la CPA-Círculos de Obreros. Otras fuentes consultadas fueron *La Protesta*, *La Vanguardia*, *La Nación* y *La Prensa* de los meses de febrero y marzo de 1919.

te, los delegados de la CPA, ya en conocimiento del uso que de ellos quería hacer la empresa, quedaron entrampados en la maniobra y reaccionaron, con el acuerdo de monseñor De Andrea, presentando ante la asamblea de socios un pliego que exigía en primer lugar que la UT reconociera a ambos sindicatos y en segundo lugar, mayores aumentos de salarios. Según afirmó Caro, si no hubiesen realizado este movimiento, habrían corrido el riesgo de ser considerados “aliados de la empresa”. En efecto, ello hubiera implicado un serio revés para el prestigio de la Iglesia entre sectores sociales que excedían al de la clase obrera: las telefonistas provenían de la pequeña burguesía, no eran consideradas obreras sino “señoritas empleadas”, sus condiciones laborales habían sido denunciadas en el Parlamento y en la prensa, sus desfiles por las calles céntricas despertaban la adhesión del público y hasta el diario *La Nación* había reconocido que sus demandas eran justas. A su vez, los periódicos obreros, especialmente *La Protesta*, hacían públicas algunas de las maniobras detectadas que luego el gerente de la CPA describiría en su carta de descargo.

Ante el asombro de los “adictos” a la empresa, según sostuvo Caro, el pliego fue aprobado por la asamblea y durante unos días las bases del “sindicato” creado fueron disputadas por sus dos fundadores. Ante la intransigencia de la empresa, que aceptó los aumentos de salarios pero se negó terminantemente a contemplar la cláusula del reconocimiento, la CPA ya como representante del “sindicato” tuvo dos salidas posibles: incorporarse a la huelga o retirarse. Cuando la empresa decidió citar a una nueva asamblea e imponer su determinación, la Confederación “da por terminadas sus gestiones y se retira”. No obstante, la huelga no se levantó y el conflicto telefónico finalizó cinco días más tarde con otro engaño de la empresa. En efecto, la UT –al igual que los trabajadores– había aceptado la mediación del presidente Yrigoyen y le

había prometido reconocer el sindicato pero, luego de levantada la huelga, solo concedió mejoras laborales.

Para la CPA, la intervención en la UT pareció profundizar contradicciones dentro de su espacio. El mismo diario *El Pueblo*, por ejemplo, fue un exponente de esas contradicciones. En efecto, a la vez que transcribió sin comentarios un manifiesto en defensa de la sindicalización realizada por el grupo que había intervenido en la UT, publicó un artículo sin firma en el que su autor sostenía, como vocero de un conjunto, que las telefonistas huelguistas “nos revientan” y se regodeaba ante la posibilidad de que el invento de Marconi (la telefonía sin hilos) las dejara sin trabajo en un corto plazo.³² Pocos días después Caro fue amonestado por sus “extralimitaciones” y, en julio, cesanteado. La CPA fue desligada de los Círculos a mediados de 1919 y las autoridades eclesiásticas sostuvieron que sería incorporada a la nueva organización centralizadora de las actividades católicas –la UPCA– pero, luego de una serie de declaraciones contradictorias, fue languideciendo y abandonada como proyecto. Puede presumirse que los patrones, como en 1905, consideraron que sus propias organizaciones, en este caso la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica, no sólo eran más operativas sino también más confiables.³³ Y hay un dato que complejiza aun más la cuestión y habla de la debilidad de las autoridades eclesiásticas frente al poder patronal: ¿a que autoridades

³² “Huelga de telefonistas”, *El Pueblo*, 26 de marzo de 1919. Si bien el comentario no está firmado, pone de manifiesto el clásico estilo de Osés.

³³ Es significativo que *La Concordia* –el periódico de la Asociación del Trabajo– considerara poco eficiente al clero, y especialmente al saleciano, para neutralizar las ideas socialistas. Por ejemplo, en un artículo del 24 de marzo de 1921 se afirmaba provocativamente que “entre nosotros raro es el socialista que no sea ex alumno salesiano”, “La escuela taller”, *La Concordia*, 24 de marzo de 1921.

respondían en primera instancia los Círculos de Obreros incorporados en esos mismos momentos a la Liga Patriótica?³⁴

Por su parte, monseñor De Andrea comparó la dirección de la UPCA con reconocidos miembros del sector patronal, algunos de ellos autoridades de esas mismas organizaciones, como es el caso del mencionado Lorenzo Anadón y de Atilio Dell' Oro Maini, quien además de secretario general de la AT, entre 1919 y 1922 fue presidente de la Liga de la Juventud de la UPCA. Simultáneamente con estos encuentros institucionales, en la publicación oficial de la UPCA De Andrea reprochó abiertamente a la Asociación del Trabajo que no le hubiera permitido continuar con la experiencia de la CPA. A su juicio, esa intransigencia con respecto a la sindicalización católica solo conduciría a que los trabajadores se incorporaran al único canal de organización obrera existente: las organizaciones de resistencia.³⁵ Lo que monseñor De Andrea elude reconocer en su artículo es que la misma estrategia de los Círculos, tal como había sido desplegada desde comienzos del siglo, conducía a su ineficiencia como canal alternativo. Las organizaciones del catolicismo social coincidían con los propietarios en la definición del enemigo y en

la necesidad de mantener principios de orden y autoridad. Coherentes con ello eligieron el camino de la alianza activa con la patronal para debilitar al enemigo común. Esto atentaba con la simultánea pretensión de que el catolicismo creciera entre la masa obrera a partir de “sindicatos” cuasiamarillos que, como el suministro de rompehuelgas, solo contribuían –mediante el debilitamiento de los sindicatos autónomos– a aumentar la desprotección de los trabajadores.

La afirmación de que habían sido las patronales quienes decidieron dar por concluida la experiencia de los sindicatos católicos resulta veraz. En efecto, el intercambio de personal entre unos y otros sectores da cuenta de que la convergencia adquirió formas institucionales.³⁶ Ahora bien, son precisamente las dificultades para sostener en el tiempo formas institucionales comunes las que me conducen a concluir que, en el mediano plazo, los intereses de unos y otros eran conflictivos, pero no antagónicos. La lógica de los intereses inmediatos de los sectores patronales –sintetizada en la permanente tendencia a superar rápidamente los conflictos en los lugares de trabajo y continuar la actividad con personal idóneo– chocaba con el proyecto a largo plazo que se habían impuesto a sí mismos los eclesiásticos en el mundo del trabajo. □

³⁴ El 5 de abril de 1919 el diario *El Pueblo* publica en primera plana la adhesión del Círculo de la Merced a la Liga Patriótica. Monseñor De Andrea aprobaba estas incorporaciones pero a título individual, para “preservar” a la Iglesia. Pensamos que esta acción del diario *El Pueblo* es un desafío a la autoridad de De Andrea, enmarcada en una disputa por los Círculos mismos. También puede presumirse que fue este tipo de diferencias lo que condujo después a que Carlos Conci, presidente de la CPA desde principios de 1919 y de los Círculos desde mayo de 1920, hablara de los “enemigos” de adentro que tenía el proyecto de la CPA e intentara relevar de su cargo en *El Pueblo* a Enrique Osés.

³⁵ “El momento actual y la sindicación”, Boletín de la UPCA, Año II, N° 16, 30 de junio de 1921.

³⁶ Néstor Auza, historiador vinculado con la Iglesia Católica que ha trabajado sobre la acción social del catolicismo, reconoce el peso que los sectores pro patronales desempeñaron durante esos años. “Buena parte de esos señores católicos que desempeñaron cargos en empresas, los asesoraban o representaban legalmente, eran, a la vez, los miembros del grupo católico que, entre 1900 y 1935, tuvieron en sus manos la dirección dominante de las obras católicas”. Cf. Néstor Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Buenos Aires, Editorial Docencia/Ediciones Don Bosco/Editorial Guadalupe, 1987, p. 259.